

## CENTRO DE DOCUMENTACIÓN CIDAP

Fuente: El Mercurio  
Fecha: lunes 13 de junio de 2016  
Página: 4B  
Año: 91  
Edición: 34.754  
Descriptor: **TEXTILERÍA, PALMIRA, TEJEDORES, ARTESANOS-PALMIRA, TEJIDOS-PALMIRA.**

### Los Marcatoma, una dinastía de tejedores que se extingue en Palmira



Manuel Marcatoma sonríe con tal alegría cuando muestra su trabajo de tejidos, los últimos que le quedan de lo que fue su oficio. BSG

Un anciano tejedor dejó el oficio por sus años. Otro hombre más joven no teje más porque no es rentable. En San Miguel de Pomachaca prevalecen unos pocos tejedores de bayetas y ponchos que aún creen en la artesanía.

Manuel Marcatoma no sabe qué destino correrán sus telares manuales; esos telares que hasta hace cuatro años los usaba para tejer los ponchos y las bayetas. Esos telares que están bien guardados en un rincón de su pequeña casa; envueltos en saquillos de yute, de tal forma que ni la humedad ni el polvo les afecte. Manuel es un anciano de 80 años de la estirpe de tejedores manuales de bayeta, que en la comunidad de San Francisco de Bishut, allá en San Miguel de Pomachaca, Palmira, Riobamba, están casi en extinción. Décadas atrás, San Miguel era tierra de tejedores, hoy en día los hay, pero son pocos y el tejido de bayeta es menor porque la migración afectó al lugar. Llegar a la casa de Manuel es seguir una carretera de tierra negra. El paisaje es único, se siente el ascenso a los más de 3.000 metros de altura sobre el nivel del mar. En ese

lugar conocido antes como el desierto de Palmira, en Chimborazo, el verdor se ha tomado algunos espacios; es el verdor de los pinos que se han sembrado en los últimos tiempos. Los coníferos árboles dibujan por momentos bosques parecidos a los paisajes nórdicos; más, el pajonal es caprichoso y las cumbres de las montañas se visten de vegetación andina. Manuel es un hombre que se vale por sí solo. Llegar a su pequeña casa de piedra de canagua es entrar a una especie de museo. Las paredes se han revestido con las pancartas de papel de los políticos presidenciables de años y décadas atrás. Allí están como memorias impresas que cuelgan de la pared los rostros de Álvaro Noboa, de Lucio Gutiérrez y del mismo Rafael Correa. Amable es don Manuel. En una pequeña banca de madera tiende un poncho rojo que tejió años atrás para que el visitante descanse; eso sí hay que tener cuidado de no enredarse en los cables de luz que al unirlos encienden el foco. Se nota que la vista fue la más afectada por su trabajo de tejedor. A eso se suma su dificultad para escuchar y sus constantes dolores de piernas y brazos, razones por las cuales don Manuel dejó de tejer y ahora recibe atención médica en el dispensario del IESS de Bishut. El oficio de tejedor lo aprendió desde pequeño, de sus abuelos, ellos eran tejedores y conocían las técnicas de los antepasados. Con esos conocimientos Manuel tejía los ponchos llanos y de jergas, las bayetas llanas y las sagradas o sagras también. La tarea era solo de él, su esposa falleció hace 16 años, desde que ella se fue, el tejedor cuenta sus años de soledad. De sus tres hijos, dos viven en Ecuador y uno en Venezuela, dice de repente llegar para visitarlo.



Miriam Marcatoma, nieta, no sabe aún qué destino darán a los telares de ponchos y bayetas de su abuelo. BSG.

Tejer con hilo de borrego y de orlón Un palo se extiende como un travesaño a lo largo del tumbado de su pequeña casa, ese madero es la percha donde cuelgan los ponchos azules y rojos que los ha tejido. Las prendas están cubiertas con un plástico. De entre ellos, el tejedor saca una bayeta sagra blanca, es una de las últimas que tejió, la guarda con tal cuidado y se nota lo nuevecita que la mantiene. En su memoria están presentes los pasos para hacer cada tejido, empezando con la entrega de los hilos que lo hacían las hilanderas de Bishut. “Unas señoras venían hilando, hilando y dejaban los ovillos para dar tejiendo, cuando se acababa de tejer se entregaba la obra”, dice don Manuel, quien enseñó el oficio a sus hijos, más ellos no siguieron con la tradición de ser un tejedor, cada uno tomó rutas distintas, uno de ellos es médico, otro migró y un tercero que se dedica a otras labores. Los telares de Manuel están hechos con hilos de naylon. Uno de ellos que se lo conoce como tejedor de bayeta ligero lo compró hace 30 años allá en Guamote, que es la tierra donde se hacen. En su memoria está presente el tejido de las bayetas en chulla, chulla, como él dice; “40 chullas entraban en el telar”, recuerda el hombre que manejaba al dedillo el oficio que daba forma a las sábanas de hilo de borrego. Para tejer el poncho hay otro tipo de telar, allí se trabaja cambiando y cambiando. “Ahora no sé quién se llevará, todito han de quitar”, eso dice con nostalgia el anciano tejedor que en la comunidad es toda una leyenda, es el portador de un conocimiento que ya no se aprecia como antes; pues las nuevas generaciones no se interesan por el oficio.

Como funcionaba el telar Los telares de los ponchos se ubicaban entre el suelo y la pared, para que el tejedor se siente sobre cueros lanudos de borrego apoyados en el piso de tierra y haga su obra. Con ese telar, Manuel tejía de un poncho por día; y un poncho y medio cuando la prenda era pequeña. “Ahora que ya no tejen me imagino que han de botar, los nietos no quieren aprender, y a veces dicen que van a quemar”. Añade. La casa de piedra de canagua es una casa típica de campo, se rodea de sembradíos de chocho, maíz, cebada. Junto a ella está rezagos de lo que fue una antigua vivienda cubierta con paja. Es un paisaje que contrasta con la eminente construcción aledaña de cemento que es propiedad de su hijo. Los perros y unos pavos blanco-negros dan la bienvenida a los visitantes. Cada cosa que Manuel cuenta lo hace con una muestra de felicidad en su rostro. La piel que se ha surcado por el paso de los años se recoge con cada sonrisa, más aún cuando muestra un poncho rojo sangre de jerga nuevo, ese poncho cubre a Manuel en el frío propio de Bishut que se encuentra en lo alto de una colina. “Dos telares tenía, pero poco a poco se fue enfermando, los hijos hablaron y dejó de hacerlo”, eso dice su nieta Miriam Marcatoma Daquilema, quien de las historias que recuerda de su abuelo, sabe que un señor de Pulucate llegó para enseñarle algunas técnicas. Manuel siempre trabajó en obras bajo pedido. Los dueños de los trabajos venían a retirarlas una vez que se habían terminado. Las bayetas que tejía se destinaban para hacer pañales o anacos para las mujeres. El hilo con el que confeccionaba venía teñido, él se encargaba de dar

formas a los atuendos, a combinar los colores para las franjas que tenían los ponchos. Si algo no ha perdido este sabio artesano es la memoria. Él vive del recuerdo de haber sido un tejedor. “Pasqui, pasqui” (abra, abra), eso dice su nieta Miriam para que enseñe la extensión de la bayeta que le queda como recuerdo de su trabajo. Manuel siempre vivió en Bishut, a más tejer su afición fue la agricultura y la siembra de granos como trigo, cebada, maíz y las papas. También criaba borregos. “No hemos pensado en ningún proyecto con todo lo que sabe. Él tiene tres telares más de bayetas y ponchos, el de bayeta es más grande que el de poncho”, eso dice Miriam, la nieta que está pendiente de los pasos físicos de su abuelo.

El pastor tejedor que dejó el oficio. Y es que en San Francisco de Bishut tejer es cosa de pocas familias. Si Manuel Marcatoma dejó el oficio por su edad y salud, Francisco Marcatoma, (que no tiene ningún parentesco con Manuel) conocido como el tejedor de bayetas de colores, de 58 años de edad, también abandonó este trabajo que lo ejerció por algunos años para sobrevivir. “Nuestros antepasado tejían bayetas y anacos de lana; yo también trabajé eso en colores y blanco. Esa obra la dejé hace 14 años”, dice el pastor evangélico. Las bayetas de colores se tejían en telares manuales. Los hilos de cachimira de colores los compraba en Riobamba, para las bayetas de lana, la gente traía los hilos y se hacían las obras. Para tejer una bayeta lo primero que hacía el tejedor era urdir el hilo, luego pasaba por el telar con una aguja, esa era la parte más difícil, y después de ello empezaba el tejido con mucho tino. Alberto heredó los saberes del tejido de sus padres. Cuando tenía 25 años de edad decidió aprender a tejer y en eso se desenvolvió por 20 años. Sus hijos no aprendieron, ellos migraron a Venezuela, regresaron, pero el tejido no es la tarea; uno de ellos se fue por las líneas del diseño y la confección de ropa contemporánea que conserva la identidad de la comunidad. Alberto siempre tejió en telares de madera y sus herramientas de trabajo solo viven en su memoria; al dejar el oficio los desechó. Los telares que usaba los compraba en Guamote, hoy de ellos solo queda el recuerdo de su estructura y de sus cenizas. “Ahora el tiempo sigue cambiando y es mejor comprar la ropa”, así dice Alberto. Los Marcatoma son la dinastía de San Miguel de Pomachaca de la Parroquia Palmira y son una dinastía de tejedores que se va perdiendo. Pocos muy pocos quedan en el sector y tejer bayetas y ponchos es una artesanía que se va extinguiendo. (BSG)-(Intefcultural).



El telar de bayeta que lo tiene bien guardado está hecho de naylor y madera, dice que lo compró en Guamoto. BSG.



La pequeña casa de piedra de canagua es el aposento del anciano tejedor. Allí se pasa sus días. BSG